



Solemnidad de la Inmaculada Concepción de María

CATEDRAL DE SALAMANCA

1. En la tensión de la doble herencia: De Adán a Cristo

Para comprender mejor lo que significa hoy para nosotros la Inmaculada Concepción de la Virgen María vamos a poner en relación el inicio de los diálogos de Dios con Adán y del ángel Gabriel con María.

Recordemos los textos:

Del Gen: “Después de comer Adán del árbol, el Señor Dios lo llamó y le dijo: `¿Dónde estás?’. Él contestó: `Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí’”.

Del Evangelio de Lucas: “El ángel, entrando en su presencia, dijo: `Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo’”.

El contraste de los mensajes es claro:

Dios interroga a Adán sobre su situación de desobediencia. Y Adán se reconoce desnudo, con miedo y escondido de Dios.

María es invitada a alegrarse, porque el Señor está con ella y la llena de gracia.

María es la primera descendiente de Adán y Eva a la que Dios ha vestido con la plenitud de su gracia, y que puede estar con alegría y sin miedo en la presencia de Dios. Más aun, es la elegida como esposa del Espíritu Santo para ser la madre virgen del santo Hijo de Dios. Es hecha miembro de la íntima familia de Dios.

Quienes hoy celebramos esta fiesta estamos ya viviendo en la plenitud del tiempo y confesamos que Dios ha enviado a su Hijo, nacido de la inmaculada virgen María, para rescatarnos de la esclavitud heredada de Adán y Eva, y hacernos participar de la condición de hijos adoptivos de Dios, por la gracia del Espíritu de su Hijo Jesucristo, que el mismo Padre ha enviado a nuestros corazones, y que nos hace clamar ¡Abba, Padre! (Cfr. Gal 4,6).



2. ¿Cómo sentimos la tensión y el paso de Adán a Cristo?

Todos nos sentimos con frecuencia **desnudos, con miedo y a escondidas de Dios**. Y padecemos a diario lo que significa tener muy poca fe, una esperanza demasiado vacilante, un amor muy frío. Nos causan honda insatisfacción los impulsos para hacer el bien que reprimimos, las promesas que no cumplimos, las actitudes de indiferencia que nos conducen al aislamiento y nos encierran en nuestros egoísmos y exclusivos intereses.

Ninguno de nosotros puede negar que en su vida estén presentes semejantes tensiones y rupturas, y la impotencia para hacer el bien en el grado deseado. En ocasiones desearíamos perdonar, pero sólo lo hacemos externamente. Desearíamos tener paciencia, pero el genio no nos deja. Desearíamos tener valor, y nos plegamos cobardemente a las circunstancias. Desearíamos ser realmente desinteresados, y no dejamos de pensar en nosotros mismos. En otras palabras: queremos ver, y estamos ciegos; queremos caminar, y nos sentimos paralizados; queremos escuchar, pero nos hacemos los sordos; asumimos el ideal de la santidad y de la perfección del amor, y nos quedamos a medias. Queremos seguir las huellas de Jesús y le damos un **“sí pero no”**.

3. ¿Es posible el “sí” pleno y perfecto?

¿Era posible a María responder con un “sí a medias” a la llamada de Dios a ser la Madre del Redentor? ¿Era posible que el “hágase en mí” fuera pronunciado por María con condiciones, a semejanza de nuestra habitual manera de ser y actuar?

La respuesta se halla en la esperanza, expresada en el Antiguo Testamento, acerca del “Resto santo” que cumple la voluntad de Dios. Ese “Resto santo” es la hija de Sión, que se identifica con María. La Alianza de Yahvé con Israel no es un fracaso, sino que hace posible la fidelidad a la Ley divina y el “sí” de María a la voluntad de Dios, del que Lucas da testimonio en la escena de la Anunciación. Y en esa escena, María dice: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”.

La Sagrada Escritura habla de manera incesante del “Resto santo”, que hace posible la venida del Redentor. Por ello los Padres de la Iglesia del siglo II comenzaron ya a designar a María como la “nueva Eva” y expresaron con esta imagen la absoluta fidelidad de María a la voluntad de Dios. La total carencia de pecado no separa a María de la historia de Dios con Israel. María se encuentra dentro de la historia salvífica de Israel. Ella es el “Resto santo”, en el cual la “Antigua Alianza” llega, a pesar de todo, a su plenitud. Y en el seno de ese “Resto santo” recibe María la plenitud de la gracia que le hizo posible pronunciar un “sí” perfecto e inmaculado a la voluntad de Dios, sin resistencia ni condición alguna.



María es enteramente obra del Señor y es totalmente santa por su fidelidad personal a Dios. Aunque la fidelidad a la Alianza es un don gratuito de Dios, él quiere que su pueblo fiel sea un sujeto activo. El Dios que se hace hombre quiere el libre y total “sí” de la virgen madre y el “sí” libre y total de todos nosotros.

4. ¿Cómo nos ayuda la santidad inmaculada de María a decir este “sí” en la vida diaria?

El “sí” perfecto de María restaura las consecuencias del “no” de Eva para todos sus descendientes. En la escena de la Anunciación María da un “sí”, en nombre y representación de todos nosotros, a la salvación que Dios nos ofrece en su Hijo. María nos abre la puerta a su hijo, el Redentor y es así, no sólo su madre, sino también imagen de la Iglesia.

Sin embargo, ¿no es María una privilegiada, una preferida, a diferencia de todos nosotros? Sí, es cierto: a diferencia de María, nosotros mismos estamos marcados por el pecado, llevamos inherente en nosotros la escisión entre lo que debemos ser y lo que hacemos, una escisión que se va haciendo más profunda por cada pecado añadido.

Pero no es menos cierto que María recibe la gracia plena no solo para sí misma sino para los demás. María es la Madre de Jesucristo para nosotros. **Y recibimos la gracia de su Hijo para vivir en el seguimiento de su “sí”.**

Vivimos en el “sí” de María, si le decimos al Señor más a menudo “sí” que “no”; si, por lo menos, anhelamos siempre que nuestra vida a medias llegue a ser don total; si confesamos la culpa sin paliarla y comenzamos el camino espinoso de la conversión; si buscamos el rostro de Jesucristo en el rostro de nuestro prójimo, por ejemplo, en cada rostro desfigurado por la injusticia, la angustia, la soledad o la culpa.

Caminamos al lado de María y reafirmamos su “sí” al Señor cuando seguimos creyendo, esperando y amando a pesar de estar envueltos en situaciones que no comprendemos, o de ver transformados nuestros propios proyectos por los planes de Dios, como les ocurrió a María y José. Entonces seremos, como ellos, personas del Adviento de Dios. Así se manifestará en nosotros que lo que estaba ciego, ahora ve; que lo que estaba paralizado, ahora camina; que lo que estaba sordo, ahora está en escucha; que lo que estaba medio muerto, ahora vive en plenitud. Así seremos testigos del Reino de Dios, que llega a nosotros en Jesús, el Hijo de Dios nacido de la virgen María.



5. El “sí” a la llamada al sacerdocio

En las diócesis de España, la fiesta de la Inmaculada lleva añadida este año una conmemoración especial de san José, en cuanto Patrón de los Seminarios, cuyo patronazgo no pudo ser celebrada en su día por las limitaciones sanitarias. Y esta Jornada vocacional tiene el propósito de seguir rogando al Señor que envíe a su Iglesia los PASTORES MISIONEROS que la sociedad actual necesita.

La conmemoración de san José en la fiesta de la Inmaculada nos ayuda a comprender con mayor claridad que el misterio de la concepción virginal de María, por obra del Espíritu Santo, y de su virginidad permanente, son inseparables del misterio de José como esposo también virginal de María.

Para ello fue necesario el Anuncio particular de un ángel del Señor, que refiere el Evangelio de Mateo: “José..., no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 20-21). Y la respuesta de José fue un “sí”, en obediencia perfecta como el “sí” de María. José “hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer.” (Mt 1, 24).

Este “sí” de José para toda la vida es fruto de la gracia que Dios regala al pequeño Resto de Israel, que confía en la fidelidad de Dios a sus promesas. José cree firmemente que nada impide a Dios hacer realidad su plan de salvación. Respeta el “misterio” de la maternidad de María y acepta que Dios transforme el proyecto vida sponsal que ambos habían convenido.

Con toda razón espiritual y pastoral, y no sólo por motivos prácticos, hacemos hoy memoria de María y de José como modelos de aceptación de la llamada a colaborar en la realización de la salvación de Dios con la entrega total de la propia existencia, consagrada a Dios sin reservas en virginidad permanente. A quien acepta la llamada amorosa de Jesucristo a seguirlo sin reservas en el misterio sacerdotal, con el compromiso del celibato durante toda la vida, su gracia le hace capaz de realizarlo, *“porque para Dios nada hay imposible”* (Lc 1, 37).

Ante la creciente dificultad actual de las familias para sembrar y cultivar las semillas de la vocación, o para aceptar la vocación sacerdotal elegida por los hijos, sería oportuno considerar no solo a san José, sino a la **familia de José y María**, como patrona y modelo del cuidado de las vocaciones sacerdotales. Con su intercesión, seguimos rogando *“al dueño de la mies que envíe obreros a su mies”* (Lc10, 2).

Salamanca, 8 de diciembre de 2020